



HISTORIA Y LEYENDAS DE SANTA FE DE BOGOTÁ

Chapinero VIII

Los temblores y otras historias

ALBERTO FARIAS MENDOZA

Fue el 17 de mayo de 1917 cuando, a las 6 de la mañana, estando en plena celebración de la Santa Misa, se sintieron los primeros remezones, que fueron creciendo en intensidad hasta producir el derrumbe de las naves de la iglesia, de las torres y del cielo raso, dejando a algunos de los asistentes destrozados debajo de los escombros y a muchos heridos. Era el mes de mayo, mes de la Virgen, y por lo tanto la iglesia se hallaba colmada de fervorosos creyentes que sufrían, de esta manera, el cumplimiento de las profecías del doctor Margallo.

Como siempre sucede, una vez pasado el pánico se inició la reconstrucción del pintoresco barrio y cuentan que ya en 1921 cubría más de cien manzanas, desde la calle 53 hasta la 67 y desde la carrera 7ª hasta la 13, pues la 14 no existía como tal, sino como vía férrea. En la 53, sobre las faldas del cerro, se agitaba el Polígono de Tiro, cuartel del Ejército que años después se trasladó a Santa Ana, a lo que era la finca de don Tomás Rueda Vargas; en la 7ª con 60, frente a mi casa, estaba el Liceo de la Salle y a su lado, hacia el norte, su convento y noviciado; calles más adelante el colegio de niñas de las Bethlemitas, frente a *Villa Sofía* y junto a la casa de don Pablo Lorenzana y de la familia Caballero Calderón.

El espiritista de la esquina

Nuestro parque de la 60 tenía de todo. En donde hoy se encuentra la estación de servicio, era un pequeño triángulo de modestas viviendas y en toda la esquina estaba el banco, la tienda de la señora Amelia, con ventas de dulces y bizcochos, al lado de cervezas y licores, lo que reunía en el mismo recinto niños comprando ajos (diez pequeñas melcochas trenzadas, que valían un centavo) al lado de borrachos bebiendo aguardiente. Vivía don Eduardo Echeverría y su hermano, el primero con la terrible fama de ser espiritista, lo que hacía que los niños no caminaran por la acera de su casa, sino que se pasaran al otro lado de la calle, por miedo a los espíritus.

Echeverría permanecía sentado en su ventana, arrodillado,

con su gran bigote blanco de finas puntas enhiestas como el de cualquier káiser teutón y como mi padre era amigo de él, pues era un hombre culto, cuando regresaba de Bogotá, en el tranvía, se detenía frente a su balcón a saludarlo y charlar. Yo, por esa circunstancia, no le temía.

Eran vecinos de Echavarría los Venegas Castro, el *Mona*, gran amigo de mis hermanos y los Mora Castaño, y una rama de los Rueda Williamson. Y en una época hasta tuvimos clínica, la del doctor Muñoz; don Rafael, padre de Guillermo, Eduardo, Enrique y sus bonitas hermanas. Y los Ucrós Pardo, el *Pote* y Juan, con *Chaba*, Clarita y las chiquitas, y arribita los Morales, el recordado Pepe (q.e.p.d.), y en proyecto, sólo en proyecto, Teresita.

A dos cuadras de distancia, en la 58, en una linda calle llena de alcaparros de lado y lado, vivían los Sáiz, el papá, que era un viejo pelirrojo y distinguido, y Bernardo, Luis, a quien extrañamos tanto (q.e.p.d.), y sus hermanas; frente a ellos los Venegas Posada, que ya ni me acuerdo cuántos eran, pero eran muchos y ellas eran muy bonitas.

De la calle 67 hacia el norte era la finca de un señor Camacho y vivía en una enorme casona sobre la carrera 13 de hoy, con una larga entrada adornada con una bella alameda de viejos árboles. Más tarde uno de sus hijos compró la bella quinta de don Agustín Nieto Caballero, *Villa Adelaida*, en honor de su esposa, y la bautizaron *Villa a: Viola*, que es hoy el restaurante *Gran Vatel*.

Pasando la Gran Avenida, hoy avenida de Chile, reposaba entre árboles y jardines el castillo Kopp, más tarde residencia de don Gabriel Camacho y su familia y hoy convertido en sector residencial con varios edificios que se conocen como El Castillo. Las tres grandes residencias de ese sector, las de don Esteban Jaramillo, la de los Williamson y la de los Camacho, se extendían hacia el Oriente, sobre los cerros, bellos terrenos arborizados, con rústicos senderos, por donde los hijos de los dueños paseaban a caballo con sus amigos.

Eran tiempos mejores, llenos de paz y de cordialidad.